

# NEW LEFT REVIEW 122

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2020

## PANDEMIA

MIKE DAVIS	Entra en escena el monstruo	11
AI XIAOMING	Diario de Wuhan	20
MARCO D'ERAMO	La epidemia del filósofo	28
N. R. MUSAHAR	Medidas de inanición en la India	34
ROHANA KUDDUS	Limoncillo y plegarias	42
MARIO SERGIO CONTI	Pandemonio en Brasil	50
VIRA AMELI	Sanciones y enfermedad	57
R. TAGGART MURPHY	Oriente y Occidente	67

## ARTÍCULOS

MICHAEL DENNING	El <i>impeachment</i> como forma social	75
OWEN HATHERLEY	El gobierno de Londres	93
SHAOHUA ZHAN	La cuestión de la tierra en China	131

## CRÍTICA

CHRIS BICKERTON	La persistencia de Europa	153
TERRY EAGLETON	Ciudadanos de Babel	161
LOLA SEATON	¿Ficciones reales?	168
JOHN MERRICK	Dorando la Gran Bretaña de posguerra	182

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

MARCO D'ERAMO

## LA EPIDEMIA DEL FILÓSOFO

« NO HABRÁ RECUPERACIÓN. Habrá disturbios sociales. Habrá violencia. Habrá consecuencias socioeconómicas: un paro brutal. Los ciudadanos sufrirán de forma dramática: algunos morirán, otros se sentirán terriblemente mal»<sup>1</sup>. Quien así habla no es ningún escatólogo, sino Jacob Wallenberg, descendiente de una de las dinastías más poderosas del capitalismo global, que prevé una contracción económica mundial del 30 por 100 y un desempleo altísimo como resultado de los confinamientos provocados por el coronavirus. Mientras los filósofos andan preocupados porque nuestros gobernantes estén explotando la epidemia para imponer la disciplina biopolítica, la clase dominante parece tener la preocupación opuesta: «Estoy aterrado por las consecuencias para la sociedad [...]. Tenemos que sopesar los riesgos de que la medicina afecte al paciente de una manera demasiado drástica». Aquí el magnate sueco se hace eco del pronóstico de Trump, según el cual la terapia matará al paciente. Si los filósofos ven las medidas anticontagio —toques de queda, cierre de fronteras, restricciones a las reuniones públicas— como un siniestro mecanismo de control, los gobernantes temen que los confinamientos *relajen* su control.

Al evaluar el impacto del COVID-19, los filósofos en cuestión han citado las extraordinarias páginas sobre la peste de *Vigilar y castigar*, donde Foucault describe las nuevas formas de vigilancia y regulación

---

<sup>1</sup> «Coronavirus “medicine” could trigger social breakdown», *Financial Times*, 26 de marzo de 2020.

ocasionadas por el brote de finales del siglo XVII<sup>2</sup>. El pensador que ha tomado la posición más clara sobre la pandemia es Giorgio Agamben en una serie de artículos combativos que comienzan con «La invención de una epidemia», publicado por *Il manifesto* el 26 de febrero de 2020. En este artículo, Agamben describe las medidas de emergencia implementadas en Italia para detener la propagación del virus como «frenéticas, irracionales y completamente infundadas». «El miedo a la epidemia da rienda suelta al pánico –escribe– y en nombre de la seguridad aceptamos medidas que restringen severamente la libertad, justificando el estado de excepción». Para Agamben, la respuesta al coronavirus demuestra una «tendencia a utilizar el estado de excepción como paradigma normal de gobierno»: «Es casi como si, con el terrorismo agotado como causa de las medidas excepcionales, la invención de una epidemia ofreciera el pretexto ideal para mantenerlas más allá de cualquier limitación». Agamben reafirmó estas ideas en otros dos textos, que aparecieron en el sitio web de la editorial italiana Quodlibet a mediados de marzo<sup>3</sup>.

Agamben está equivocado y a la vez tiene razón; o más bien, está muy equivocado y un poco en lo cierto. Está equivocado, porque los hechos fundamentales le contradicen. Hasta los grandes pensadores pueden morir por un contagio –Hegel murió de cólera en 1831– y los filósofos tienen el deber de revisar sus puntos de vista cuando las circunstancias lo requieren: si el negacionismo del coronavirus era apenas posible en febrero, ya no puede ser razonable a finales de marzo. Sin embargo, Agamben tiene razón cuando dice que nuestros gobernantes aprovecharán cada oportunidad para consolidar su poder, especialmente en tiempos de crisis. Que el coronavirus está siendo explotado para fortalecer la infraestructura de vigilancia masiva no es ningún secreto. El gobierno de Corea del Sur ha analizado la propagación del contagio rastreando la ubicación de sus ciudadanos a través de sus teléfonos móviles, una política que causó revuelo cuando expuso una serie de asuntos extramatrimoniales. En Israel, el Mossad pronto implementará su propia versión de este rastreador, mientras que el gobierno chino ha duplicado la videovigilancia

<sup>2</sup> Michel Foucault, *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Londres, 1995, pp. 195–228; ed. orig.: *Surveiller et punir*, París, 1975; ed. cast.: *Vigilar y castigar*, Madrid, 2008.

<sup>3</sup> El artículo de *Il manifesto* de Agamben y el debate que siguió en la revista digital italiana *antinomie* –con contribuciones de Jean-Luc Nancy, Sergio Benvenuto y Roberto Esposito, entre otros– están recogidos en el sitio web de la revista *European Journal of Psychoanalysis*. Otras intervenciones son las de Alain Badiou, «On the Pandemic Situation», *MicroMega*, 25 de marzo de 2020 y Paolo Flores d'Arcais, «Philosophy and the Virus: Giorgio Agamben's Ravings», *MicroMega*, 16 de marzo de 2020.

y los dispositivos de reconocimiento facial (y no es que los organismos de inteligencia del mundo estuvieran esperando la excusa de una epidemia para empezar a seguirnos digitalmente). Ahora mismo muchos gobiernos europeos están sopesando imitar los programas de vigilancia digital de Corea del Sur y China, y la Information Commissioner's Office del Reino Unido ya aprobó una medida de este tipo a finales de marzo. Agamben no es el primero en argumentar que uno de los objetivos de la dominación social es atomizar a los dominados; Guy Debord escribió en *La sociedad del espectáculo* que el desarrollo de las utopías del capitalismo-mercancía nos aislaría juntos en una «separación perfecta».

\*

Al final de esta crisis, entonces, los poderes de vigilancia de los gobiernos se habrán multiplicado por diez. Pero, *contra* Agamben, el contagio sigue siendo real, mortal y destructivo a pesar de este hecho. El hecho de que los servicios de seguridad puedan beneficiarse de la pandemia no justifica dar un salto a la paranoia conspirativa: el gobierno de Bush no necesitó destruir él mismo las Torres Gemelas para aprobar la *Patriot Act*; Cheney y Rumsfeld pudieron legitimar el secuestro y la tortura limitándose a aprovechar las oportunidades que el 11/s les brindaba.

Menciono el ataque al World Trade Center, porque revela una segunda falla en el trabajo de Agamben, que explica todas las técnicas de control social usando el modelo de la represión estatal contra una lucha insurreccional armada. A finales de la década de 1970 y principios de la siguiente, varios países europeos impusieron un estado de excepción supuestamente para combatir el terrorismo, tendencia que afectó directamente a la generación de Agamben y a sus descendientes. Pero no todos los estados de excepción son iguales. Según nos enseña Aristóteles, el que todos los gatos sean mamíferos no significa que todos los mamíferos sean gatos. El estado de excepción impuesto en nombre del terrorismo es similar a la política diseñada para contener la lepra: es decir, dividen la sociedad en dos grupos separados, quedando los leprosos/terroristas excluidos de la comunidad de ciudadanos sanos/respetuosos de la ley. En cambio, el actual estado de excepción reproduce, en principio, el que Foucault teoriza para la peste, que se basa en el control, la inmovilización y el aislamiento de toda la población<sup>4</sup>. A diferencia de lo que sucede

---

<sup>4</sup> Para comprobar la realidad histórica, sin embargo, vale la pena consultar el *Diario del año de la peste* [1722], de Daniel Defoe, que describe las innumerables maneras en que los londinenses afectados por la plaga pudieron esquivar o sobornar a los vigilantes y escapar de las casas infectadas en las que habían sido encerrados, que es el factor que faltaba en el relato de Foucault.

en el modelo del leproso, este régimen no hace distinción alguna entre buenos y malos ciudadanos. Todos somos potencialmente malos; todos debemos ser monitorizados y supervisados. El panóptico abarca a toda la sociedad, no solo a las prisiones o a las clínicas.

Es cierto que estamos asistiendo a un gigantesco e inédito experimento de disciplina social en el que tres mil millones de personas han sido obligadas por ley a encerrarse en sus casas sin que hayan existido apenas muestras de resistencia activa, porque la mayoría ha aceptado estas restricciones a su libertad. Hace cuarenta años, esto habría sido impensable. En muchos casos este experimento se lleva a cabo a ciegas y de forma arbitraria, como por ejemplo en la India, donde Modi ha dado instrucciones a todo el país para que se quede en casa, a pesar de la presencia de una población flotante compuesta por 120 millones de trabajadores migrantes que a menudo se ven obligados a vivir en las calles. En gran parte del mundo, el confinamiento en el hogar solo es concebible para el estrato más rico, mientras que para la mayoría conduce directamente al desempleo y al hambre. En este sentido la India es un caso extremo, pero en todos los países se observa una respuesta a la epidemia que afecta de forma desigual a las clases sociales. Se trata, según *The New York Times*, de una «cuarentena de cuello blanco»<sup>5</sup>. Los privilegiados se encierran en casas con Internet de alta velocidad y neveras llenas, mientras el resto de la población sigue viajando en vagones de metro abarrotados y trabajando codo con codo en entornos contaminados. La industria alimentaria, el sector energético, los servicios de transporte y los centros de telecomunicaciones deben seguir funcionando, junto con la producción de medicamentos vitales y equipos hospitalarios. La separación física es un lujo que muchos no pueden permitirse y las reglas de «distanciamiento social» están sirviendo para ampliar el abismo entre las clases.

\*

Lo cual nos lleva al punto principal que Agamben pasa por alto: la dominación no es unidimensional. No es solo control y vigilancia, sino también explotación y extracción. (Un poco de Marx, además de Schmitt, no le vendría mal a su análisis). El grave daño que esta epidemia amenaza con

---

<sup>5</sup> Noam Scheiber, Nelson Schwartz, Tiffany Hsu, «“White-Collar Quarantine” Over Virus Spotlights Class Divide», *The New York Times*, 27 de marzo de 2020; Jennifer Valentino-DeVries, Denise Lu, Gabriel Dance, «Location Data Says It All: Staying at Home During Coronavirus Is a Luxury», *The New York Times*, 3 de abril de 2020.

infligir al capital explica la reticencia de los políticos a imponer el aislamiento y la cuarentena. En este sentido Boris Johnson (inicialmente) y Trump son los ejemplos más sorprendentes: se resistieron a anunciar una cuarentena mientras pudieron y desean levantarla lo antes posible, incluso a costa de unos pocos cientos de miles de muertos. En este caso, la lentitud de la política de salud pública debe contrastarse con la rapidez de la respuesta financiera. Naturalmente, las «generosas» medidas presupuestarias reflejan en parte las preocupaciones de Wallenberg: tienen por objeto evitar grandes trastornos sociales, dando a los trabajadores lo suficiente para vivir por el momento. Ningún capitalista quiso verse forzado a adoptar esta posición keynesiana. Pero, como dijo el jefe de gabinete de Obama, Rahm Emanuel, «nunca dejes que se desperdicie una crisis seria». Así que, mientras hacen exiguas extensiones a la indemnización por enfermedad, los Estados también han tomado medidas extraordinarias para apuntalar sus sectores financieros, o para «preparar la pista para el aterrizaje de emergencia de los bancos», en palabras del anterior secretario del Departamento del Tesoro estadounidense Timothy Geithner. Los gobiernos de la OCDE han prometido más de 5 billones de dólares hasta la fecha, y esa cifra se quedará corta.

Los gobernantes también están aprovechando la pandemia para impulsar políticas que causarían indignación en tiempos normales. Trump ha dado carta blanca a la industria estadounidense para infringir las leyes sobre contaminación durante la emergencia, mientras que Macron ha desmantelado una de las principales conquistas del movimiento obrero al ampliar la semana laboral máxima a 60 horas<sup>6</sup>. Sin embargo, en cierto modo, la insignificancia de estos trucos legislativos –demasiado localizados y limitados para rescatar un orden neoliberal enfermo– demuestra que la pandemia ha pillado desprevenidas a las clases dirigentes: todavía no se han hecho a la idea de la recesión que nos espera, ni de su potencial para derribar las ortodoxias económicas. Así como Agamben considera todas las emergencias como antiterroristas, nuestros gobernantes ven esta crisis sistémica como una mera crisis financiera: responden a la pandemia como si se tratara de un nuevo 2008, imitando a Bernanke y prescribiendo la expansión monetaria de Friedman. Prisioneros de la ortodoxia monetarista, no entienden que esta vez el choque de la demanda supondrá algo más que una simple crisis de liquidez.

---

<sup>6</sup> Oliver Milman y Emily Holden, «Trump Administration allows companies to break pollution laws during coronavirus pandemic», *The Guardian*, 27 de marzo de 2020; *Le Macronomètre*, «Coronavirus: 60 heures de travail par semaine dans les secteurs essentiels, la bonne décision», *Le Figaro*, 25 de marzo de 2020.

Muy pronto, fortunas enteras se perderán y los capitalistas verán cómo sus negocios (aerolíneas, empresas de construcción, fábricas de automóviles, circuitos turísticos, producciones cinematográficas, etcétera) se van al traste. Pero en este contexto, la política de «lanzar dinero desde el helicóptero» de Friedman (esto es, la inyección de cantidades astronómicas de liquidez en la economía) dará lugar a una destrucción a gran escala de capital, ya que esta moneda recién emitida no se corresponde con ningún valor real. En tiempos de guerra, tanto el capital financiero como el material es demolido: infraestructuras, fábricas, puentes, puertos, estaciones, aeropuertos, edificios. Pero una vez que la guerra termina comienza un periodo de reconstrucción y es esta reconstrucción la que desencadena un rebote económico. Sin embargo, la epidemia actual se parece más a una bomba de neutrones, que mata a los seres humanos, pero deja intactos (a la par que vacíos) los edificios, las carreteras y las fábricas. Por lo tanto, cuando la epidemia termine no habrá nada que reconstruir, ni en consecuencia recuperación alguna.

Cuando se levante la cuarentena, la gente no volverá simplemente a comprar coches y billetes de avión a una escala similar a la registrada antes de la crisis. Muchos perderán sus trabajos y los que los conserven pugnarán por encontrar consumidores y clientes en una economía desprovista de liquidez. Mientras tanto, alguien tendrá que pagar la factura de los gastos masivos relacionados con el virus, especialmente una vez que la consiguiente acumulación de deuda socave la confianza de los inversores, momento en el que el temor de Wallenberg a los disturbios sociales puede resultar justificado: cualquier terapia de choque que se aplique después de la crisis –cuando, en nombre de la necesidad económica, se haga pagar a la ciudadanía por esta «generosidad»– puede servir para empujar a la gente a la revuelta. La epidemia aumentará el control y la vigilancia desde arriba; reformateará la sociedad como un laboratorio de técnicas disciplinarias. Pero en esta situación, la función de nuestros gobernantes será cabalgar a lomos del tigre: aquellos que quieren supervisarnos y controlarnos preferirían hacerlo por medios menos costosos. Al final, revocar la cuarentena será fácil. Reiniciar la economía resultará más problemático.

Roma, 4 de abril de 2020.